

PQ
7298
16
U22
I8

CORNELL
UNIVERSITY
LIBRARY.

LA ISLA DE LOS HUEVOS

(UN CUENTO TERCERMUNDISTA)



C.P. RICARDO DE LA FUENTE IBARRA

4.⁹⁵

LA ISLA DE LOS HUEVOS

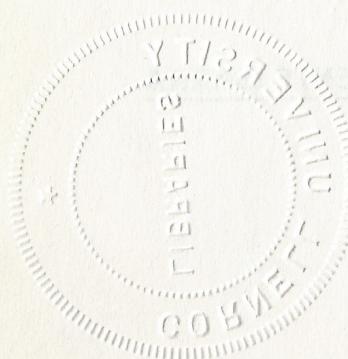
(UN CUENTO TERCERMUNDISTA)

C. P. RICARDO DE LA FUENTE IBARRA



PQ
7298
.16
U22
I8

(UN CICLO DEL TERCER MUNDIAL)



445
08

Los hechos y personajes de esta obra
son ficticios.

Cualquier semejanza con hechos o personas reales,
es una verdadera
VERGUENZA.



EL AUTOR Y SU OBRA

Don Ricardo de la Fuente Ibarra, autor de esta graciosa e ilustrativa historia, es un luchador en el más amplio significado del vocablo, y un defensor de la justicia y del derecho, sólo que a diferencia del ilustre manchego que inspirara a don Miguel de Cervantes Saavedra, don Ricardo no cabalga lanza en riestre, por los amplios caminos de la Patria, sino que litigia en los tribunales en defensa de su razón y golpea fuerte a los concubadores del derecho con argumentos que hieren tanto o más que la espada.

LA ISLA DE LOS HUEVOS

Autor:

Ricardo de la Fuente Ibarra C. P.

Diseño e ilustraciones: Rubén Curiel R.

© 1977, Editorial de Métodos y Sistemas,
S. A. de C. V.

Medellín 150 2o. Piso
México 7, D. F.

Impreso en los talleres de
Ediciones Culturales Mexicanas, S. A.
Gabino Barreda No. 93
México 4, D. F.
1977

Ninguna parte de este libro se puede reproducir en cualquier forma sin el permiso escrito de la casa editora.

Reservados todos los derechos.

Todos los personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Preocupado por la deplorable situación presente de la Patria, don Ricardo escribió algo más que un cuento o una novela, por más que las características de su obra coincidan con las de dichos géneros literarios. "La Isla de los Huevos" es un original tratado de economía política, escrito con ingenio y sentido del humor para facilitar a los lectores la comprensión de algunos de los muy complejos problemas que aquejan a los países.

La isla imaginaria donde ocurren los sucesos que el autor narra con un estilo sencillo y asequible, es un microcosmos con todos los ingredientes de una moderna sociedad, con sus virtudes y sus defectos, las que al ponérse en juego en forma irracional, como suele ocurrir tan a menudo en la realidad, producen consecuencias lamentables.

El libro de don Ricardo de la Fuente Ibarra ilustra mejor que cualquier obra seria las funestas consecuencias que inevitablemente se obtienen de la demagogia, y explica en cierto modo la causa por la cual nuestro país, no obstante sus grandes posibilidades de riqueza, se debate en la pobreza y la ignorancia.

Fenómenos tan difíciles de entender como la inflación, la carestía, la pérdida de poder adquisitivo de la moneda, la devaluación, la productividad, la descapitalización, etc., pueden comprenderse tras de leer esta original y divertida obra, pequeña en extensión pero grande en ambiciones y significado.

El autor se recibió de contador público en la Escuela Superior de Comercio y Administración del Instituto Politécnico Nacional. Posteriormente impartió en dicho plantel la cátedra de "Organización Contable de las Empresas". Es fundador del "Instituto de Organización Integral", A. C.

Pero el que habla en esta obra, no es ni el catedrático, ni el economista, ni el perito contable, sino un escritor lleno de inquietudes, que trata de ilustrar a sus compatriotas con ejemplos ingeniosos y comprensibles.

CONTENIDO

I	LA GRAN NOTICIA:	
	UN PAÍS SIN CORRUPCIÓN	9
II	LOS PRIMEROS POBLADORES	15
III	EL COMERCIO MEDIANTE EL TRUEQUE	19
IV	EL PAPEL MONEDA	25
V	EL PRIMER GOBIERNO	31
VI	LOS GOBIERNOS CORRUPTOS Y EL PAPEL MONEDA	35
VII	LOS COMERCIANTES	43
VIII	LOS ESTUDIANTES	49
IX	LOS NUEVOS RICOS	55
X	LA CORRUPCIÓN DE EMPRESARIOS	59
XI	TEORÍA DE LA RELATIVIDAD MONETARIA	75
XII	LOS SINDICATOS	81
XIII	LA REGULACIÓN DE PRECIOS	89
XIV	LA REPARTICIÓN DEL PAÍS	103
XV	LA LÓGICA CAMPESINA	109
XVI	LA LUCHA	119
XVII	LA VICTORIA	127

Méjico, D. F., septiembre 30 de 1977

Lic. Octavio Colmenares V.

CAPITULO I

LA
GRAN NOTICIA:
UN PAIS
SIN CORRUPCION



La noticia causó revuelo. Todos los periódicos comentaban con grandes titulares el suceso. Parecía increíble que en pleno siglo veinte aún existieran tierras desconocidas. Sin embargo, no había duda: existía un archipiélago en las regiones australes del Pacífico, del cual hasta hoy se tenía noticia.

Lo más sorprendente del archipiélago era la cantidad de pobladores que, en número que superaba a los dos millones, vivían en abundancia y armonía casi absolutas en un territorio relativamente pequeño. Sin dictaduras, sin pugnas por el poder, sin inflación monetaria y... sin corrupción estatal, a pesar de que, sin lugar a dudas, los habitantes de aquel archipiélago descendían de un grupo de mexicanos (Nueva España) extraviados en el océano hacía más de dos siglos.

El mercantilismo periodístico hizo que tan inusitada convivencia humana fuera —como noticia— explotada al máximo. Todo el mundo deseaba conocer los detalles de tal armonía; en qué se fundaba; cuál era su

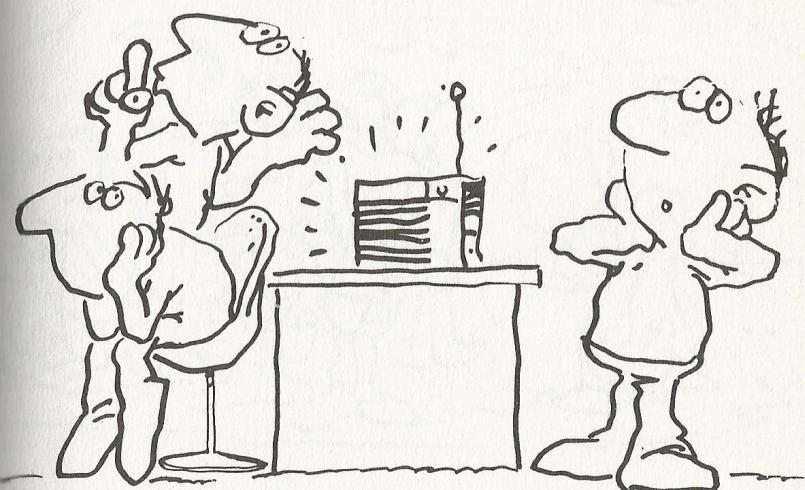
historia; cuál su economía; cuál su futuro; y demás información al respecto.

Muy pronto la isla se vio invadida por un enjambre de reporteros provenientes de todo el mundo. Los gobiernos de los principales países enviaron a sus respectivos representantes y, con éstos, a sus más ilustres sociólogos para conocer detalladamente la evolución socioeconómica de la isla.

Entre toda la información que se recibió del archipiélago, una fue la que mayor extrañeza causó: En la isla no existía ganado alguno, ni vacuno, ni caballar, ni porcino, ni caprino, ni de ninguna clase y, sin embargo, había abundantes alimentos para todos, entre los que destacaban las aves y, sobre todo, los huevos.

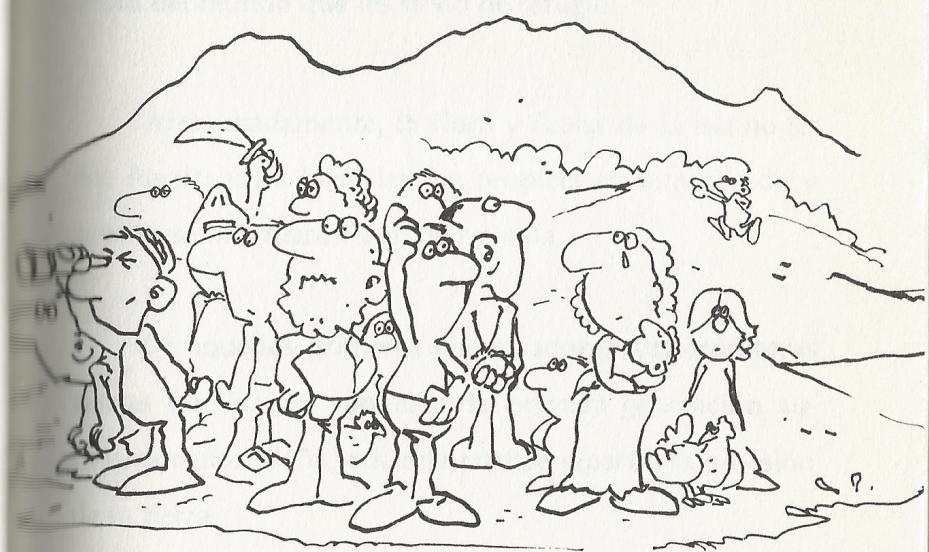
Poco a poco se fue conociendo la historia del archipiélago, cuya capital se encontraba en una isla principal; en la Isla de los Huevos, como la llamaban los habitantes del lugar.

En principio se supuso que se le había dado este nombre en honor a tan preciado alimento. No era así. El nombre le venía de la única y sangrienta confrontación civil que había padecido la pequeña nación en más de dos siglos de existencia.



CAPITULO II

LOS PRIMEROS POBLADORES





Todo comenzó el 19 de mayo de 1733, en cuya hermosa mañana zarpó del puerto de Acapulco un pequeño navío con rumbo al Asia. A medio trayecto, ya en altamar, una tormenta atrapó a la velera embarcación y la desvió de su curso hacia latitudes del Océano Pacífico fuera de toda ruta marítima. Los tripulantes, con los instrumentos dañados y sin conocimientos náuticos suficientes, buscando la vía de regreso se fueron internando más y más en las inmensidades del océano, hasta llegar a una isla totalmente aislada y desconocida del resto del mundo que les sirvió de refugio.

Afortunadamente, la flora y fauna de la isla no les fue hostil; antes bien, les fue propicia en sumo grado y pronto se habituaron a su nueva vida.

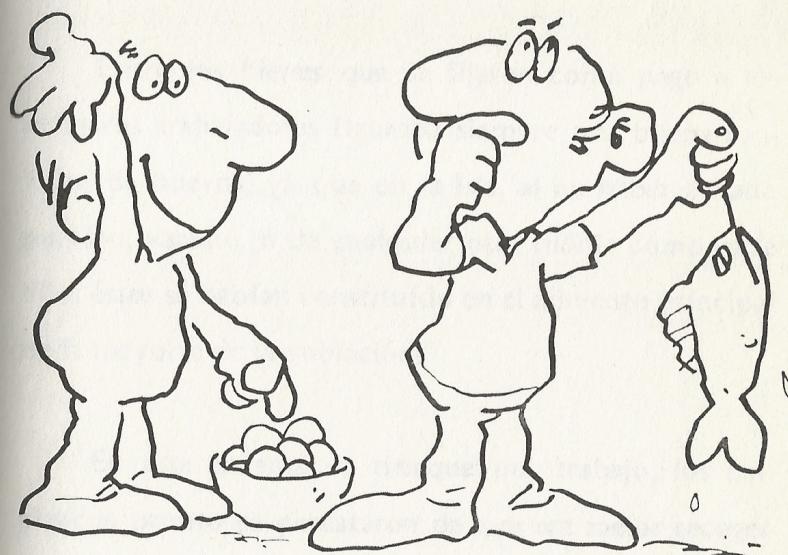
De aquellos primeros colonizadores surgieron otras tantas familias, y con ellas la primera generación auténticamente isleña, entre la cual se repartió la posesión de la tierra.

Siendo en principio las extensiones de tierra vastas

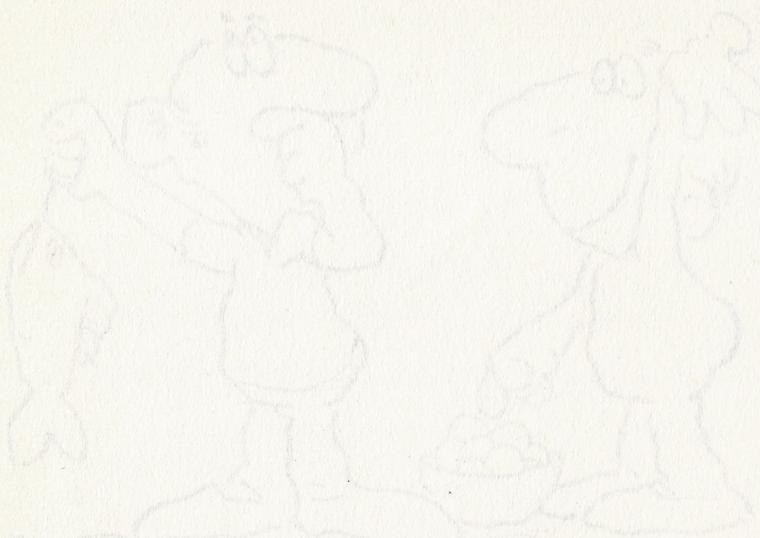
y generosas, el campo se fue repartiendo de padres a hijos en porciones más pequeñas; sin embargo, no todas las familias fueron igualmente prolíficas, y pronto los últimos miembros de algunas de ellas se encontraron sin mayor oportunidad, viéndose en la necesidad de emplearse como trabajadores, laborando la tierra ociosa de aquellos terratenientes que, por razones de heredad, contaban con mayores extensiones de las que podían trabajar.

CAPITULO III

EL COMERCIO MEDIANTE EL TRUEQUE

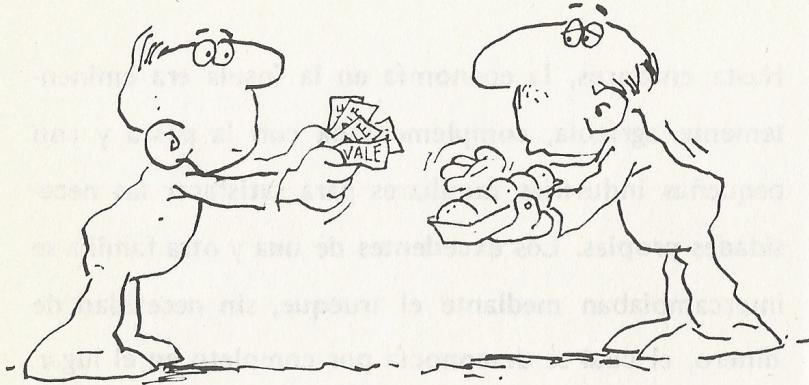


Hasta entonces, la economía en la ínsula era eminentemente agrícola, complementada con la pesca y con pequeñas industrias familiares para satisfacer las necesidades propias. Los excedentes de una y otra familia se intercambiaban mediante el trueque, sin necesidad de dinero, el cual se desconocía por completo en el lugar. Por esta razón, cuando se vieron en la necesidad de fijar un salario a los primeros trabajadores, éste se señaló en determinada cantidad de bienes por cierto número de días trabajados.



Entre los bienes que se fijaron como pago a los primeros trabajadores figuraba siempre una buena cantidad de huevos, ya que en la isla, al no haber ganado porcino, vacuno, o de cualquier otra índole como ya se dijo, éstos se habían constituido en el alimento principal de la mayoría de la población.

En este sistema de trueque por trabajo, los empleados pronto se percataron de que era mejor recoger los huevos que constituían parte de su salario hasta el momento en que los iban a consumir, ya que de esta



forma no se les echaban a perder o, cuando menos, podían consumirlos más frescos. Habiendo accedido los patrones, éstos a su vez se encontraron con la dificultad de llevar la cuenta de los huevos ganados contra los pagados, por lo que optaron por entregarles una serie de vales que, fraccionados, les permitía retirarlos poco a poco. Así, por ejemplo, si por una jornada de veinte días un trabajador, entre otras cosas, tenía derecho a doscientos huevos, se le entregaban veinte vales por diez huevos cada uno.

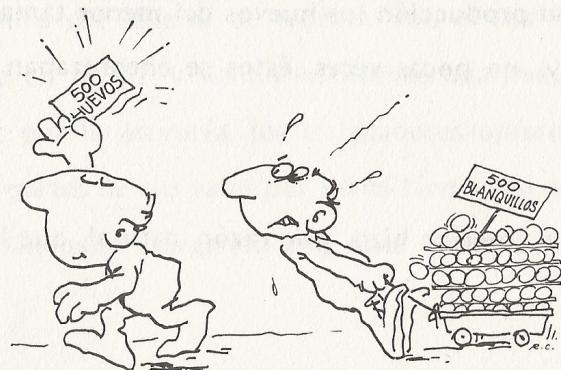
Dentro del sistema de trueque con el cual se comerciaba en la isla; y siendo los huevos una mercancía aceptada por la mayoría, los trabajadores optaron por cambiar partes de sus vales por otros bienes, ya que así se evitaban andar cargando con unas mercancías para

cambiarlas por otras. Esta comodidad, y la necesidad de los trabajadores de consumir tan preciado alimento, provocó que en los contratos de trabajo figuraran mayor cantidad de huevos (y sus respectivos vales), a cambio de otros satisfactores. Con el tiempo, pronto se generalizó que la totalidad del salario se fijara en determinada cantidad de huevos, y para facilitar el trueque, los vales se entregaron amparando diversas cantidades de ellos. Así, en la isla empezaron a circular vales de un huevo, de cinco, de diez, de cien y hasta de mil huevos. La propia comodidad de estos vales para cambiarlos por otras mercancías hizo que pasaran de unas manos a otras, tardando mucho tiempo en hacerse realmente efectivos al emisor, circunstancia que aprovecharon muchos de ellos para emitir más vales de los que podían cubrir. Por otro lado, al momento en que se les hacía efectivo el compromiso, los emisores de los vales seleccionaban entre su producción los huevos del menor tamaño para pagar y, no pocas veces, éstos se encontraban en mal estado.

Lo anterior hizo, por razón natural, que los vales

fueran mayor o menorgmente aceptados en relación al prestigio de sus emisores, llegando la situación al extremo de que en toda la isla, finalmente, sólo se aceptaran los vales de dos o tres patronos, los cuales mantuvieron su prestigio contra toda situación de duda, especificaron el peso mínimo de los huevos en cada vale, y establecieron como norma inflexible el cubrirlos de inmediato.

Pasó el tiempo y la isla se pobló cada día más; nacieron pequeñas industrias en manos de aquellos patronos cuyo crédito hizo que sus vales fueran aceptados por todos; surgió la unión de emisores de vales mediante la cual cualquiera de ellos hacía efectivos los vales de otros, dando mayor seguridad y comodidad a sus tenedores y, finalmente, todo el comercio en la isla se realizó a base de estos vales, tasándose el precio de las mercancías en tantos más cuantos huevos.



CAPITULO IV

EL
PAPEL
MONEDA

No existiendo ganado vacuno ni porcino, los huevos continuaron siendo el principal alimento en toda la isla; los vales se convirtieron en billetes formales y en moneda fraccionada; los patronos mantenían su "fábrica de dinero" con grandes y bien equipadas granjas avícolas; el progreso se hizo patente en toda la isla y, finalmente, se descubrieron y poblaron otras islas circunvecinas.

Si los billetes amparaban huevos, fue lógico que el precio de todas las mercancías se mencionara también en huevos; así que cuando se querían adquirir realmente éstos para su consumo, a la gente le dió por llamarlos "blanquillos" para diferenciar unos de otros. Pues bien, al generalizarse el sistema, se suscitó otro problema nacido del mismo: nadie quería pagar más de un huevo por un blanquillo, razón por la cual éstos no podían ser objeto de comercio; es decir, un comerciante no podía comprar un blanquillo más barato que por un huevo, ni lo podía vender más caro que por un huevo. Esto hizo que la emisión de billetes se centralizara aún más en unas cuantas manos, ya que para que la gente aceptara los billetes, fue necesario establecer una red de dis-